

Querido Director:

Hemos hablado ya muchas veces de lo que hoy te escribo.

Día a día los arquitectos hemos visto crecer a nuestro alrededor los problemas de Madrid. Y cuando te digo los arquitectos quiero decir tú y yo y otros muchos como tú y como yo, no los organismos más o menos vinculados a la Arquitectura, no los departamentos de la administración, sino todos y cada uno de los que individualmente (y también están ahí los arquitectos de esos mismos organismos y departamentos) nos sentimos partícipes en la tarea de configurar el ámbito habitable y de convivencia de los hombres.

Y ante esos problemas, cada vez más angustiosos, nos hemos ido lamentando de la falta de planteamientos generales, de las equivocadas medidas que se han ido tomando, de lo poco que se ha previsto para el futuro, de los defectos del plan general establecido, de sus errores de concepto, de la mezquindad de las ordenanzas, del criterio de su aplicación, del increíble sistema burocrático de las tramitaciones, de los emplastos y parches que a nuestro Madrid—y te lo digo yo, que soy de Barcelona—le han aplicado y le están por aplicar. Y así, en nuestras tertulias y en nuestras sesiones de crítica, en nuestra Revista e incluso en las Aulas de nuestra Escuela Técnica Superior, hemos ido llorando sobre los ríos de Babilonia el bien perdido; lo poco que se hace, lo mucho para lo que ya es tarde y lo muchísimo que aún se podría hacer.

Muchos de nosotros hemos gastado horas y horas pensando en soluciones para mejorar Alcázar de San Juan, Cintruénigo o, incluso, Praga; hemos gastado mucho dinero participando en mil concursos: de Berlín o de Bilbao, que para el caso da lo mismo, donde algunos ganaron y otros muchos no sacaron otra cosa que el deportivo éxito de participar.

Pero por Madrid, por ese Madrid que se nos está muriendo de asfixia y de trombosis, hemos hecho muy poco. Hemos comentado, eso sí, hemos criticado, ¡cómo no!, y hemos dicho que la culpa es de éste, o de aquél, o del de más allá, incluso.

Lo quiero decirte ahora es que los arquitectos sueltos, la profesión como suma de individualidades, no pueden limitarse a la mera contemplación y al mero lamento, ni a decir que ya nosotros lo habíamos dicho o que «si a mí me hubieran dejado...»

Yo sé que nadie nos pide vela en este entierro—y de entierro se trata, realmente—; yo sé que ahí están los «organismos competentes», yo sé que el problema es arduo. Pero justamente por eso no podemos permanecer inactivos.

Los «organismos competentes» ahí están para hacer posible esa idea que a lo mejor se te ha ocurrido a ti, o a mí, o a cualquiera de nosotros. Pero tenemos que hacerles llegar esas ideas primero y no solamente esperar a que se les ocurran a otros, porque, a lo peor, no se les ocurren. Y tendremos que sugerir posibilidades y señalar caminos, porque ¿quién sino nosotros, que hemos hecho de nuestra profesión, o así lo decimos, voluntario servicio a la sociedad en el aspecto edificatorio y del planteamiento urbano, podría hacerlo?

A todos nos interesa que esta ciudad remedie sus problemas y salga al paso de futuras catástrofes que la acechan y ya se adivinan, pero a nosotros, los arquitectos, no sólo nos interesa, sino nos incumbe, puesto que nuestra responsabilidad y dedicación exigen que aportemos nuestro esfuerzo de sugerencia cuanto menos en esta cuestión en que, indudablemente, tenemos mucho que decir.

Te propongo que te hagas portavoz desde la Revista de una idea insensata, pero que me parece hermosa: la de pensar, entre todos (que no quiere decir todos juntos, pero sí en grupos operativos eficaces), soluciones totales o parciales para los males de Madrid, en una especie de concurso voluntariamente sin premios a ver quién o quiénes sugieren mejores ideas, con libertad total de planteamiento, sin miedo a las trabas de propiedad del suelo, o con él, sin compromisos de tipo político, de presiones de grupos, con la sola intención del bien común, que es, en el fondo, bien de cada uno. Ideas que pudieran ir desde un plan completo de cara al futuro hasta una solución modesta para salvar unos árboles, que ya van quedando tan pocos, en cualquier rincón de la Villa.

Y luego, si las ideas llegan, en lugar de un fallo con tribunal, se podría organizar, con la ayuda de los que quieran ayudar, una gran exposición, publicar artículos, seleccionar y agrupar las ideas mejores y ofrecérselas a esos «organismos competentes» a los que, a veces, criticamos, pero no solemos ayudar y que, abrumados por mil contingencias de todo tipo, aun queriendo, sin duda, no pueden muchas veces hacer sino lo que hacen.

Y eso quedaría ahí: en el papel impreso, en la calle, en la conciencia. Y luego, ya se vería.

Sé que la idea es absurda, como es absurdo e ingenuo casi todo lo serio y lo noble, desde aventurarse en mares desconocidos para encontrar el camino de Indias, hasta subir a la cumbre con mil esfuerzos sólo por ver dormirse el sol en el horizonte o partir nuestro pan con el que no lo tiene.

JAVIER CARVAJAL.

## CARTA AL DIRECTOR

El tema que plantea nuestro compañero nos parece muy interesante y, en consecuencia, aceptando la idea, proponemos:

- 1.º Establecer un mes, el de marzo de este año, para reunir las sugerencias y constituir, desde la Revista, el Comité gestor.
- 2.º El mes siguiente, de abril, para difundir las bases de colaboración.
- 3.º Seis meses, de mayo a noviembre, para enviar ideas.
- 4.º De acuerdo con las bases de colaboración, que deberán fijar ese extremo,

reunión del Comité de gestión para organizar lo que con el material reunido pudiera hacerse.

5.º Si hubiera lugar para ello:

- a) Organizar una exposición de documentos gráficos.
- b) Publicar en la Revista las ideas no gráficas.
- c) Difusión de las separatas correspondientes.
- d) Entregar las conclusiones a los organismos competentes.
- e) Ofrecer a la Prensa diaria el material recibido.